

Señor José Ferrater Mora

Distinguido profesor y amigo.- Me discupará usted si me permito ponerle unas líneas acerca de su excelente Diccionario de filosofía. Por mi estimado amigo López Llobet sé que está usted preparando una nueva edición, cosa que me alegra y me lleva a felicitarlo por el éxito renovado que tiene esa importante obra.

Me permitiré, pues, que amparado en lo usted dice al final del prólogo de la primera edición, y creo que atendido a las transparentes palabras de Leibniz, haga unas pocas sugerencias, que nada tienen que ver, intrínsecamente, con la parte técnica y filosófica de su obra.

Me llama la atención que no figure en él como artículo especial Jaime Serra Hunter (o Jaume, como diríamos en catalán, ya que usted conserva, a mi juicio con muy buen sentido, todos los nombres en su forma original). No sé si cabrían los nombres de A. Bonilla y San Martín (historiador de la filosofía española) y de Eloy Luis André, aunque me parece que lo merecería por lo menos este último. No diría que echo de menos el nombre de Jean Jaurès si no viera incluido el de Proudhon; sólida o endeble ("es floja" dice Eugenio d'Ors) tiene Jaurès una obra filosófica, La réalité du monde sensible. Claro está que tampoco figura Max Adler. Ignoro qué importancia tiene Adolf Dyroff, de quien he visto una obrita traducida al castellano, El sentido de la existencia.

Considero que sería justiciero que figurara en él Benjamín Taborga. ¿Quién fue Benjamín Taborga? Nació en España en 1889. Salió de su patria en 1911, alrededor de los veintiún años de edad. Pasó un tiempo en Ecuador, y en Guayaquil trabajó como periodista. Pasó luego a Chile y llegó finalmente a nuestro país en 1913 ó 1914, y aquí murió a fines de 1918. Fue una vida breve, pero intelectualmente intensísima en sus últimos años. El único libro que publicó en vida fue un volumen de versos -La otra Arcadia- con el pseudónimo de Teófilo de Sais, primer volumen del Colegio Novecentista, fundado aquí por aquella época por algunos jóvenes, bajo la influencia de D'Ors y de Ortega y Gasset. Fue un círculo de vida breve, integrado por hombres muy jóvenes, aún estudiantes, que pretendió loablemente inaugurar entre nosotros un modo riguroso de tratar la filosofía, cosa insólita en nuestro país. Sin embargo, ninguno de ese grupo, con excepción de Taborga, demostró, andando el tiempo, verdadera vocación filosófica (aunque quizás debiera exceptuar también a B. Ventura Pessolano, que llegó a profesar la estética). En Nosotros y en la Revista de Educación de La Plata Taborga publicó algunos ensayos y notas. Esto es lo que sus amigos recogieron después de su muerte y editaron en 1924 (Calpe, Buenos Aires) en un volumen titulado El novísimo órgano. El primer ensayo es justamente Glosas sobre la posibilidad de un Novísimo Órgano, al que siguen Ideas para una teoría de la ciencia, El espacio, la geometría y

la lógica, La realidad, la ciencia y el número; esto considerado como especulación pura; y como aplicaciones: Eugenio d'Ors, El problema de la termodinámica biológica, Pequeña requisitoria sobre la democracia, Filosofía del diletantismo, Apostillas pedagógicas, Novecentismo, Recetas de sabiduría y de moral (crítica eficaz a El hombre mediocre de J. Ingenieros).

Nuestro querido amigo Francisco Romero habla de Taborga en las páginas 46-47 de su trabajo Sobre la filosofía en América, y por sugerión del mismo Romero, Torcia Estrada le dedica unas tres páginas (247, 248, 249) en su libro La filosofía en la Argentina (Unión Panamericana, Washington, D. C., 1961).

Claro está que para tratar de él querrá usted conocer, naturalmente, el libro de Taborga, que es su obra. Si allí no lo tiene a mano, le enviaré gustoso, en préstamo, mi ejemplar; y digo "en préstamo" porque está agotadísimo. Justamente la víspera de partir Romero para Europa, de donde, por desgracia, volvió para morir, hablamos de Taborga y de la necesidad de reeditar por lo menos su volumen de prosa. De esto se ocuparía él al volver. Ahora veré si puedo inducir a algún editor (Losada, por ejemplo, tan vinculado con Romero) a que haga esa edición, en mérito a Taborga y en memoria de Romero.

Vuélvo a felicitar a usted por el esfuerzo que representa la mejora continua y tenaz de su obra. Quedo muy especialmente a sus órdenes para lo que guste mandar, y me complace saludarlo muy cordialmente.

M. H. Alberti

M. H. Alberti

J. B. Ambrosetti 379 - I
Buenos Aires (5) Argentina

28 de febrero de 1963